



..... La voz del Pueblo es la voz de Dios.

El fuego que consume al mundo
Es el mismo fuego del amor,
Que al alborzando calumnia roza
Hace morir a los impuros.

No hay resistencia a tan ardiente fuego,
No hay baluarte que baste a quemar.



TUYA SOY.

Cuando vibra tu lengua con ternura
De un casto amor el delirante son,
Mi pecho se enagena de dulzura
Y aumenta su latir el corazon.

Recoge tus palabras mi memoria
Y los ojos se fijan solo en tí,
Cual si abiertas las puertas de la gloria
Radiante de esplendor te viera allí.

Oigo en el alma un eco que repite,
Tuya soy y falezco de placer,
Sin que la voz jamás se debilite
Que me hace con delicia estremecer.

En todas partes donde está la escucho,
En todas partes donde voy está,
Y en vano porque calle á veces lucho
Que cual sombra conmigo siempre va.

Mas si esquivo el oirla es porque siento
Que llegue á serme su dulzor fatal,
Pues aun mas que el dolor suele el contento
Súbito herir con dañador puñal.

¡Ah, si me quieres, por piedad no digas
Mas veces con vehemencia *Tuya soy*,
Mejor podré sufrir que me maldigas
Que harto á las penas avezado estoy!

Ese acento que exhalas de tu boca
Es volcánico fuego del amor,
Que al ablandar la endurecida roca
Hace morir á la temprana flor.

No hay resistencia á tan ardiente fuego,
No hay bálsamo que temple su quemar,

No digas *Tuya soy*, yo te lo ruego,
O mírame á tus plantas espirar.

El sol del Asia en abrasada arena
Al árabe sediento ve morir,
Cuando tendido en el desierto pena
Y el seco labio ni aun acierta á abrir.

Véle pugnando por cabar la tierra
En busca de la frígida humedad,
Desfallecido al fin sus ojos cierra
Y termina la muerte su ansiedad.

Tú, que á ese sol en el poder semejas,
Pero que lloras de piedad tambien,
Oye de un débil amador las quejas
Y concede á sus ruegos un desden.

Sola una gota enternecido implora
Que preste alivio á su angustiosa sed,
Templa el volcan que su salud devora
Bendecirá tu celestial merced.

Mas no; que ese desden aunque fingido
Fuera tal vez el venenoso aspid,
Que entre la seca pámpana escondido
Royerá el tronco de la estéril vid.

Ya que es fuerza que muera quien te ama
A impulsos del placer ó del dolor,
Alcese al cielo la abrasada llama
Y espire en brazos del feliz amor.

Muger, pues ya me ves que con delirio
Hácia el sepulcro caminando voy,
Acaba mi existencia y mi martirio
Otra vez repitiendo *Tuya soy*.

C. DIAZ.



JUAN DE PADILLA.

I.

ERA la media noche, y el huracan bramaba con violencia; los árboles cediendo á su impulso sacudian de sus ramas solitarias los últimos restos de la frondosa verdura que los engalanára un tiempo: la naturaleza desnuda de sus brillantes atavíos, y los campos cubiertos de una inmensa capa de nieve que reflejaba los pálidos rayos de la luna, represen-

taban con verdad el triste cuadro del invierno, una noche de Enero de 1520. Todo era grande, todo misterioso; las cúpulas de los templos de Toledo, ocultando su elevada frente en el seno de las nubes, se perdían en ellas como las sombras de un sueño lisongero, y los silvos prolongados del viento, que luchaba en su furiosa carrera con vallas formidables, eran semejantes á los ayes de una víctima que lanza su postrer suspiro en el horrendo potro que la despedaza. En medio de esta vasta soledad, un hombre solo parece desafiar el poder de los elementos: envuelto en un capoton de paño burdo, calada la gorra de pieles hasta cubrir sus negras y pobladas cejas, y tanteando á menudo el aguzado puñal, pasea á lo largo de un espacioso edificio, en cuyo pórtico brilla el débil resplandor de una lámpara moribunda. El ruido de sus pasos es seguido del de sus armas; el viento agita sus cabellos haciéndolos ondular sobre sus hombros, y la luna dibuja en el muro su figura pavorosa. Se podría dudar si era un hombre el que á tales horas y en tan aciaga noche paseaba, á el parecer, con una calma imperturbable; pero su bronca voz que entona una cancion guerrera dejándose oír por intervalos, disipa esta duda. Otra persona vino á aumentar el interés de la escena: su trage segun se puede descubrir á la escasa luz de los astros, anuncia una persona de clase mas elevada; su talle es magestuoso, su presencia imponente.—Dime, camarada, ¿te hallas con el valor necesario para cumplir tu noble mision? ¿Podrá la comunidad entregarse con tranquilidad á sus importantes deliberaciones?—Os juro por el Apóstol, que ni el mismo Emperador me haria retroceder; ninguna persona que al llegar á este punto deje de pronunciar las palabras de consigna, logrará entrar en el salon de las juntas sin hollar antes mi cadáver: los castellanos cumplimos asi nuestros juramentos.—Cuenta con la promesa, añadió el superior, internándose en el edificio. El castellano ajustó su ropon y comenzó á pasear apresuradamente, para evitar el frio que lo avanzado de la noche y lo riguroso de la estacion hacian sentir.

España entrelanto iba á ser teatro de escenas sangrientas, y á sufrir todos los horrores consiguientes á una revuel-



ta civil. Las ciudades de Madrid, Toledo, Salamanca, Córdoba, Segovia, Leon y otras muchas, habian protestado contra el subsidio de 200 millones de maravedís que las Cortes, reunidas en la Coruña, habian concedido al Emperador. Los pueblos se negaban á pagar los tributos, favoreciendo abiertamente los proyectos de los sublevados. La regencia de Adriano estaba amenazada por terribles sacudimientos, á los que indudablemente hubiera sucumbido, si la serenidad y firmeza del cardenal no gobernáran la nave del Estado, en tan desecha borrasca. La mayor parte de las provincias habian adoptado un gobierno popular, estableciendo comunidades ó germanías, que insignificantes en su origen, llegaron á contar bajo sus banderas mas de veinte mil combatientes. ¡Tal fue el entusiasmo con que los pueblos se alzaron en defensa de sus libertades! Una de estas comunidades celebraba sus sesiones en un edificio solitario, situado al extremo de la ciudad, y cuya puerta custodiaba el intrépido castellano; el lúgubre y monótono sonido de la campana de la catedral marcó la una de la noche, hora en que segun costumbre debian reunirse sus individuos: á corto rato se percibieron varios grupos que se acercaban en diferentes direcciones, y á los cuales dió el *quién vive* el centinela con ánimo resuelto. *Castilla y Libertad* contestaron á un tiempo numerosas veces; *venganza ó muerte*, añadió aquel franqueando la entrada á los comuneros.

Atravesando estos un antiguo pórtico, en cuyos muros habia sentado el tiempo su mano destructora, llegaron al espacioso salon destinado á sus deliberaciones. Tres filas de taburetes le circumbalaban y en su centro ardía una enorme lámpara de metal. En ocupando cada uno su puesto, el valiente Padilla les dice: En este mismo recinto manifestasteis no ha mucho los mas ardientes votos por la libertad de Castilla; afortunadamente llegó ya el momento de ver realizados nuestros deseos: las provincias de Aragon, Valencia y Andalucía nos ofrecen su apoyo, y estan prontas á secundar nuestro movimiento; dentro de pocos dias el pendon de la libertad hondeará en medio de un ejército entusiasta y numeroso, dispuesto á combatir la tiranía y rapacidad de

esos viles extranjeros, que apoderados del gobierno cometen á su sombra todo género de escesos: en breve el ambicioso Adriano y sus pérfidos satélites, huyendo despavoridos ante las falanges castellanas, eran á ocultar su ignominia en los helados bosques de Alemania. Veo brillar en vuestros semblantes el mas puro entusiasmo, conozco vuestra impaciencia, vuestros deseos de medir las armas con los enemigos de las libertades de Castilla,.... pues bien, avancemos hasta Burgos; allí ocultan su sobresalto esos fementidos alemanes; apoderémonos de sus personas, y si preciso fuere caigan sus cabezas; nada es tan sagrado como nuestros fueros, nada es violento cuando se trata de defender la libertad y alzar su trono resplandeciente sobre las ruinas de la tiranía. Sí, avancemos; gritó el impetuoso Giron: avancemos, y los secuaces del cardenal perezcan en el patíbulo; lavemos con su sangre la ofensa hecha al orgullo nacional, y sepa el mundo entero que Castilla no sufre el yugo que quisieran imponerla alevosos extranjeros, y que aun hierve en las venas de sus hijos la sangre de Pelayo. Y si el emperador, repuso Dávalos, lejos de calmar nuestra ansiedad, tratára de resistir tan justas reclamaciones, arrebatémosle la diadema; ciña otra vez las sienes de su virtuosa cuanto desgraciada madre, viniendo á compartir sus fatigas el príncipe de Calabria. Ante todas cosas, dice el obispo de Zamora, debíamos apoderarnos de la Reina Juana; la ausencia de su razon favorece nuestros proyectos, y su firma estampada en las determinaciones de la comunidad, las investirá precisamente de un prestigio extraordinario. Y nadie mas á propósito para realizar este plan, añadió Maldonado, que el intrépido Padilla; en mi concepto debemos trasladarnos cautelosamente á Tordesillas, ponernos de acuerdo con las demas comunidades, y señalar día para efectuar el levantamiento: luego que Padilla se haya hecho dueño de la Reina deberá hacerlo saber por medio de una señal convenida, y en el momento todos nuestros partidarios, á quienes de antemano se habrán repartido armas y dinero, reunidos bajo las órdenes de Giron, darán el grito de *Libertad por Castilla*, poniéndose en estado de defensa. A este tiempo las demas ciudades habrán efectuado el pronun-

ciamiento, y reunido en breves dias un cuerpo considerable de tropas, hondeará triunfante por do quiera el pendon de Castilla. Admitido con ardor el plan de Maldonado, permaneció la comunidad largo rato en tumultuosa agitacion: restablecida la calma, Bravo, esforzando la voz, les dice: renovemos el juramento de morir ó ser libres; próximo está el dia en que habremos de sellarle con nuestra sangre; contemplemos la muerte sin espanto, como un sacrificio glorioso hecho en las aras de la Patria; tras ella nos aguarda la inmortalidad, y nuestros nombres, al pasar de generacion en generacion, serán repetidos con entusiasmo. Por un movimiento simultáneo los comuneros se pusieron en pie, y blandiendo los aceros gritaron con acento amenazador: *lo juramos; Castilla será libre*: que lo sea, exclamó con énfasis Padilla, y la maldicion y el oprobio caiga sobre el cobarde que retroceda al frente del enemigo: un abrazo fraternal sea la señal de nuestra despedida, y que el laurel de la victoria corone nuestras frentes cuando nos reunamos de nuevo. Dice, y estrechándose mutuamente, se separan enternecidos.

(Se concluirá.)

EL SIGLO XIX.

NUESTRO SIGLO, *que es el de la ilustracion y del movimiento, es al mismo tiempo una época solemne, colocada entre los restos de un pasado que se olvida y un porvenir que empieza á manifestarse. En su infancia todo es incierto, todo está suspenso, porque aun muchos gérmenes de progreso yacen aletargados, porque el azote de la guerra civil aun gravita sobre nuestro desgraciado pais; pero llegado el suspirado dia de la paz, entonces la mudanza será completa, y nuestra patria, haciendo el último esfuerzo, se lanzará*

en una nueva era de vida y de perfeccion. Ya llegó para la España la ocasion y la necesidad de constituirse en otras proporciones con arreglo á las luces, al gusto y á los conocimientos del siglo. Esta asombrosa revolucion, esta transicion entre lo pasado y el porvenir, es obra de nuestra juventud, que dará sin duda alguna muchos dias de gloria á la patria, trabajando sin parcialidad, sin exaltacion y contenida dentro de los justos límites que seria funesto traspasar. Los jóvenes nacidos en este siglo, ansiosos de saber, llenos de entusiasmo y de gloria, amantes de la literatura y de las artes, anhelan imitar á los grandes hombres que hoy celebra la historia, quieren resucitar el siglo de oro de nuestra literatura, lidiar en defensa de sus mas sanos principios y ayudarse mutuamente á subir la escarpada senda que conduce al templo de la inmortalidad. A tan predilecta porcion de jóvenes pertenecen los que publican EL SIGLO XIX, con el noble deseo de contribuir á la perfeccion de sus compatriotas por medio de una instruccion al nivel de los recientes progresos de su siglo. Pretenden describir los grandiosos monumentos de todos los paises y las costumbres pintorescas de la península española, tan esplotada por historiadores y novelistas. Los siglos que no existen nunca han estado para ellos desprovistos de prestigio y de gloria, así que resucitarán las hazañas ocultas de nuestros mayores, reproduciendo escenas caballerescas de la edad media, y rasgos heróicos de que abunda tanto nuestra historia.

F. F. V.